

El familiar o los pactos con el diablo



«...había que llevarse los dos huevos que estaban detrás de la cruz a los siete días y el diablo se le aparecía a uno en forma de gallina negra.»

AURELIA QUINTERO

En el llano portugués es común oír hablar del familiar, que es esa figura que el diablo toma para presentarse en los sitios donde él y los dueños han celebrado algún pacto: «Suele suceder que Satanás se presente en persona o animal desconocido y aun puede ocurrir que lo haga en forma de un tronco con las ramas cortadas»¹². El monje alemán Sufurino asegura que en antiguos pergaminos hebreos se advertía a todas las criaturas del universo lo siguiente: «Los espíritus diabólicos acostumbran tomar toda clase de formas tanto de personas como de animales. Las más usuales, sin embargo, son las de dragón o de cabra, aunque algunas veces se presentan en forma de gato, gallina, cocodrilo, etc.»¹³.

12

En Jonás Sufurino, *Libro de San Cipriano*, Caracas: Editorial Primavera, s/f.

13

Íbidem.

AURELIA QUINTERO

Vecina de *La Aparición de Ospino*

Cuando yo tenía nueve años vivía con mi hermana Lucía Quintero en Río Caro. Eso era muy solo en ese tiempo, imagínese, yo tengo ya 56 años... Ella vivía con un señor llamado Antonio Cáceres. Yo apenas estaba aprendiendo a leer las primeras letras. Casi no entendía ninguna lectura, pero yo siempre observaba que en una troja que había en la sala de la casa el señor Antonio guardaba celosamente un libro que revisaba muy a menudo. Muchas veces, estando escondida, lo vi subir por la vieja escalera de madera, quitar unos sacos de fique y de un cajón sacar un libro rojo, grande, del tamaño de una Biblia. Mala la comparación... Un día mi hermana y él se fueron para el pueblo y me dejaron cuidando a la niña. Era mediodía. Apenas ellos se fueron me encaramé en la escalera y con mucho temor de que regresaran y pudieran sorprenderme, revisé rápidamente el libro. Me quedé realmente asombrada, porque como un milagro del mismísimo diablo yo leí sin vacilar, veía clarito lo que decía, lo recuerdo como si fuera hoy mismo. Por fuera decía: «El libro rojo de la cabra infernal», y cuando abrí las páginas leí un párrafo que decía más o menos así: Para hacer un pacto con el diablo debe conseguir tres huevos de una gallina negra, y cuando sean las doce de la noche llevarse los para un camino oscuro donde haya muerto alguien y esté clavada una cruz, allí coloca uno delante de la cruz y dos detrás... Creo que había que llevarse los dos huevos que estaban detrás de la cruz a los siete días y el diablo se le aparecía a uno en forma de gallina negra. Lo cierto es que yo leí rápidamente lo que pude y luego muy asustada por lo que había leído y porque si mi hermana me conseguía revisando ese libro me daba una paliza, lo guardé cuidando de dejar todo como estaba originalmente, sin rastro de mi curiosidad. Ellos no regresaron. En la noche la niña se durmió. Yo me acosté con ella y dejé la lámpara de querosén encendida. Me dormí, y ya en la madrugada, no tengo idea de la hora, desperté y vi el libro rojo sobre la cama, a mi lado, abierto en las mismas páginas donde al mediodía había leído lo del pacto. Me levanté llena de miedo, coloqué el libro de nuevo en el cajón, lo tapé con los sacos y no dormí más, pendiente del libro hasta que amaneció. Yo jamás he sido sonámbula y sé que es imposible que con el temor que uno antes tenía, yo haya dejado de guardar ese libro. Para mí fue algo que nunca me lo he podido explicar.

JOSÉ GREGORIO VACA

Vecino de Las Tucuraguas, más allá del Salto de El Diablo, distante unos nueve kilómetros de la carretera Panamericana, entre Agua Blanca y San Rafael de Onoto

Estando yo pequeño vivía con mi tío Antonio Vaca que le trabajaba a un señor llamado Pablo Falcón. Un día Falcón le dijo a mi tío: Mire Antonio, yo tengo ganas de hacer un pacto con el panaquire, que así también le dicen a Lucifer. Una noche el hombre agarró un machete y un litro de aguardiente y se internó en la montaña. Fue solito. Ese otro día cuando apareció le dijo a mi tío: Ya estoy listo, él me dijo que me daba progreso, dinero y salud, pero que le prometiera que al morir él se haría cargo de mi alma. Yo acepté y entonces me dijo: Váyase y cumpla..., sabe.

A los pocos días vino un hombre extraño al lugar y le dio una fortuna a Falcón por unas territas peladas que tenía aquí en Las Tucuraguas. Falcón se radicó en Acarigua y fundó una carpintería, donde se dedicaba a hacer guacales. Día a día el hombre se enriquecía y el trabajo aumentaba. De todas partes venían los agricultores a encargarle guacales. Falcón se puso millonario y mi tío que trabajaba con él en la carpintería le dijo: Mire Falcón, a mí me da mucho miedo ese pacto que usted hizo. Yo lo voy a dejar solo. Yo no sigo con usted. Falcón se quedó pensativo y a la semana le dijo a mi tío: Antonio, yo esta vaina la he pensado mucho y voy a hablar con el personaje aquel y le voy a decir que yo no sigo este negocio. Así fue, y no pasaron tres meses sin que los hijos de Falcón cayeran presos, la carpintería se quemó y Pablo Falcón se murió.

También contó José Gregorio Vaca que en el fundo El Chaparral, en Turén, existió un señor de apellido Perozo que, según decía la gente del lugar, tenía pacto con el diablo. Se dice que a este ganadero Lucifer le mandó un toro negro que era supuestamente el familiar. Ese toro se encargó de recoger todo el ganado suelto que andaba por la sabana. Llegó un momento en que el ganado no cabía en los corrales. Un día el dueño del fundo se enfermó y se agravó. La esposa, que desconocía el trato hecho por el hombre, mandó a buscar a un sacerdote para que lo confesara y lo ayudara a bien morir. Cuentan que cuando llegó el sacerdote el familiar saltó la cerca del corral y se fue camino abierto por la sabana llevándose a toda la inmensa manada de ganado vacuno que había en el fundo.

PEDRO GUÉDEZ

Vecino de Sabana Dulce

Esta historia me la contó mi abuelo don Gerónimo Laya. Ocurrió más o menos para el año de 1910 en un fundo propiedad de un señor de apellido Novellino. Decían los campesinos que ese elemento tenía pacto con el diablo y que en su hato había un toro blanco (el familiar) que andaba suelto por la llanura y nunca lo pudieron enlazar, pero en ese hato cada vez aumentaba más el ganado y todas las semanas sacaban arreos inmensos de animales y el hato igualito, llenos los corrales. Un día el caporal del hato se dispuso junto con otros peones, a enlazar el toro, y cada vez que lo llevaban alcanzado parecía que se elevaba por los aires y se ponía más adelante..., más distante. Llegó un momento en que lo encerraron en una ensenada, todos eran buenos jinetes, llaneros amansadores, sin embargo el toro desapareció y apareció en la parte alta, mirando con ojos centelleantes. El caporal no se dio por vencido y con los peones le salió de nuevo al encuentro. El toro embistió al caporal e hirió de muerte al caballo. Cuando el caporal se agachó para tratar de auxiliar al caballo, el toro se paró en dos patas, bufó muy fuerte, se regresó con los ojos despidiendo candela y corneó al caporal quien cayó al suelo agonizante. Los peones lo llevaron al corredor de la casona donde vivían los dueños. El caporal pedía agua..., agua. Los presentes negaron el agua al moribundo por considerar que era perjudicial debido a la grave herida que presentaba en el abdomen. El hombre murió, y cuentan que durante muchos años fue común para los habitantes del hato oír por las noches el trote de un caballo que llegaba al corredor, y se escuchaban los pasos hasta el tinajero donde servían el agua en la totuma. Luego se oían las pisadas de las botas de regreso y el pasitrote del caballo al alejarse de la casa. De la familia no se supo más nada, la hacienda se tornó en ruinas y la gente aún sostiene que en Sabana Dulce, en noches de luna clara, se ve el toro blanco atravesar la llanura, corriendo como alma que lleva el diablo.

JOVINA QUINTANA DE ÁLVAREZ

Vecina de Píritu

Mi padre, don Albino Quintana, conocido comerciante de esta población de los años cuarenta, estaba con su cuñado el señor Esteban Pérez, quien agonizaba desde hacía varios días. Allí también se encontraba visitando al enfermo la señora Petra Parada, partera piriteña. Entonces llegó en pleno día un hombre a caballo desconocido por todos, bajó de la bestia y entró al corredor de la casa sin decir absolutamente nada, pasó a la habitación del moribundo, lo observó, y de la misma forma como llegó, salió. Esa misma tarde Esteban Pérez dejó de existir. Después se regó como pólvora en el pueblo piriteño el comentario de que este hombre tenía pacto con el diablo y que la visita inesperada que le arrancó la vida era el mismísimo Lucifer.

BAUDILIO MENDOZA

83 años, vecino de Palo Alzao, caserío cerca de Biscucuy

Se pueden recibir beneficios del diablo sin necesidad de pactar con él, prueba de ello es la magia de las habas. Trato que uno hace sin correr ningún riesgo. Este trato se hace así: se mata un gato negro un día sábado cuando suene la primera campanada de las doce de la noche, se le mete un haba en cada ojo, otra debajo de la cola y una en cada oído. Luego se entierra en un solar desocupado que esté cercano a la casa y se le cubre de tierra, después se riega todas las noches con poca agua cuando sean las doce, hasta que las habas hayan brotado y estén maduras. Cuando esto sucede se corta la mata, se lleva para la casa y se ponen las habas a secar para cuando llegue el momento de usarlas.

Un haba metida en la boca tiene la propiedad de hacer invisible a la persona. Manteniéndola apretada con el dedo del corazón de la mano izquierda se puede llamar al diablo y este se presentará para ponerse incondicionalmente a las órdenes de quien posee el haba. Se debe tener presente que por las noches, cuando se van a regar las matas, se aparecen muchos fantasmas y manifestaciones extrasensoriales para asustar al interesado. Eso es normal, pues al demonio no le gusta servir sin que haya mediado un trato donde esa persona le haya entregado el alma. Es recomendable no asustarse, y al llegar al solar donde está enterrado el gato negro ponerse de rodillas, hacerse la señal de la cruz y rezar un credo.

Se comenta que en Portuguesa cualquier persona que desee superarse económicamente puede venderle un familiar o un amigo a Lucifer sin necesidad de que la persona vendida tenga conocimiento del negocio realizado.

En el sitio denominado Las Cruces, vía Biscucuy, informantes que prefirieron mantener sus nombres en secreto dijeron que existe la oración del perro y la del sepulcro. La del perro hace desaparecer a quien la reza y la del sepulcro anuncia la muerte. El anuncio funciona así: a la persona que trae la oración consigo se le aparece un entierro tres veces y si pregunta quién es el muerto le responden que es él mismo, eso le produce un susto tan grande que se regresa y se salva así de la muerte; después se entera de que había un gran peligro o lo iban a asesinar.

HÉCTOR TOVAR

Resulta que yo era maestro allá en La Capilla y había una negra que vivía allí y yo la enamoraba. Ella me picaba el ojo y yo se lo picaba también, pero no echábamos sangre. Resulta que yo fui a una fiesta allá en La Capilla y nos pusimos a bailar. Yo traté de conquistarla y ella de una vez me quiso comprometer. Yo le dije que no me quería comprometer porque íbamos a tener problemas, primero porque yo era maestro y segundo que ella era menor de edad.

Entonces yo, huyéndole al problema, me vine para acá, para Guanarito, y a los dos días se me apareció la mujer empeñada en que yo tenía que vivir con ella y yo... ¡Qué más iba a hacer! Para no pasar por argolla tuve que ponerme a vivir con ella... Como dice el dicho popular: «Ninguna porque sea fea / debe perdé la esperanza / de conseguí un sinvergüenza / que le machuque la panza».

Yo viví cuatro años con ella, pero resulta que la mujer se me puso demasiado celosa, muy celosa, yo no sé por qué me celaba tanto porque yo era santico. Bueno, llegó a tanto la cuestión que tuve que dejarla. Ella se fue para Sabaneta de Barinas. Me quedé solo y entonces a mí me salían distintas vergas allí en la casa. Se me caían los corotos de la platera, se cerraban y se abrían puertas. Yo no hallaba qué hacer.

Una vez invité a unos amigos míos: Aquiles Torrealba, Oliden Tovar y Roberto Salazar (alias El Turpial), que ya murió. Nos pusimos a beber caña y al rato sentimos que están corriendo las sillas de punta a punta en el corredor y apagaban y prendían las luces del patio de bolas y todo eso, y cuando nos asomábamos estaba todo en su puesto. Los corotos en la cocina se caían y uno iba para allá y todo igualito..., los corotos acomodaditos. Bueno, así era casi todas las noches. Esa casa estaba en Los Guamos y ya la tumbaron. Nosotros nos preguntábamos, ¿qué será lo que pasa aquí?..., pues ellos vieron la broma. Después le volví a decir a Oliden que el diablo me seguía saliendo, pasaban unos negritos de un lugar para otro, pero muy rápido, y cuando se podían distinguir eran como unos monos y con cachitos... ¿Qué será esa vaina?, se preguntaba Oliden. Entonces mi mamá fue adonde un curioso y me tomaron como once fotos para llevárselas al señor y ninguna salió. Ese señor se llamaba Alirio Blanco y vivía en Ura-chiche. Le tomaban fotos a los palos, a las casas, a los animales y salían, pero cuando me retraban a mí no salían. Lo cierto es que mi mamá me compró unas medicinas que él me mandó y así fue como me curé. El señor dijo que era un mal echado por la mujer que me había comprometido con el diablo, pero él rompió el compromiso.

Cuando yo estaba muchacho, bueno, ni tan muchacho, invité a un amigo mío que por ahí está todavía, llamado Lorenzo Quiñónez, a que hiciéramos un pacto con el diablo. Yo le dije: Conseguimos una gallina negra y nos vamos para una cruz de caminos a las doce de la noche. Yo me voy a acostar en el suelo boca arriba con la gallina agarrada por el pescuezo y las patas y tú te vas a quedar atrás como a cincuenta metros. Échate un buen palo de ron para controlar el miedo y una buena mascada de chimó. Tú te acuestas boca abajo..., ahí me van a llegar distintos diablitos y me van a ofrecer unos mil bolívares, otros cinco mil, otro cien mil. Al que me ofrezca medio es al que yo le voy a vender el alma mía y la tuya también por medio real.

Cuando yo me acosté ahí se oían zumbidos distintos. Se oía de todo por ahí, toros bramando, la guacaba cantando y muchos ruidos. Cuando Lorenzo oyó la cosa dice que le pegó un frío demasiado fuerte y se fue corriendo y me dejó solo... ¿Qué iba a hacer yo si ya no tenía banco? Me paré y me fui también. Cuando llegué a la casa de él lo encontré temblando del frío, un temblor muy grande, y le dije: Eso te pasa por cobarde.

Cuando uno hace trato con el diablo debe pedirle mucho tiempo de vida para poder disfrutar de los reales que él le dé a uno, porque para él las horas son minutos, los días son horas y los años son meses. Entonces uno tiene que sacar la cuenta bien para pedirle unos mil años, porque si no a los tres o cuatro años se muere uno. Fíjese que si uno pide sesenta años, vienen a ser cinco en esos contratos.

JUAN DEL CERRO TOVAR

92 años, natural de Camburito y vecino de Araure, donde un campo de béisbol lleva su nombre

Una vez, recuerdo que había un palo de mamón y a mi mamá no le gustaba que nos acercáramos a ese palo porque tenía un hueco en la pata y decían que allí había plata enterrada. Mi hermana y yo nos fuimos escondido de mi mamá a tumbar mamones. Yo me monté en el palo y mi hermana se quedó abajo, y de repente mi hermana pegó un grito muy feo y salió corriendo y entonces cuando yo miro veo una broma muy fea que iba subiendo, una vaina roja que me pelaba los dientes muy feo. Yo salté de rama en rama y me caí y llegué a la casa casi desmayado, yo no hallaba ni cómo hablar porque quedé como privado.

En la casa mi papá y mi abuelo dijeron que era el diablo que me había salido, decían: Huele a camaso..., huele a azufre. Buscaron agua bendita y me echaron; pero ahí no se acabó la cosa. Me mecían la hamaca, me caían cosas encima, yo no dormía ni comía. Estaba casi listo. Ahí me llevaron a un señor para que me viera y él dijo que tenían que tener mucho cuidado porque era el diablo que me tenía agarrado, casi listo. Ahí me bañaron con agua bendita y me

compraron una cadena y la prepararon de contra. Mire, yo iba por el cerrito de Araure, por donde estaba la planta eléctrica, en la subida del hospital, eso era un caminito, y por allí yo iba a vender las ventas que hacía mi mamá y me salían animales, a veces un perro, otras veces un toro y me carrereaban y yo botaba las ventas. Yo no comía ni dormía..., sentía de noche que me llamaban, me jalaban... Me iba muriendo. Una vez conseguí a un señor y una señora y ellos me acostaron en el suelo como un Cristo, con los brazos abiertos, y me llenaron de pólvora por un lado y quemaron eso. Y un señor que le decían El Padrino, que tenía una bodega al comenzar a subir el cerro, me hizo unos ensalmes, me puso collares y poco a poco me curó, pero me costó bastante para curarme.

FRANCISCO (Pancho) PÉREZ

80 años, vecino de La Aparición de Ospino

Yo una vez, en agosto del año 46, una noche me dispuse a llamar al diablo y me fui para un lugar donde se unían tres caminos: Mata Azul, El Tigre y La Aparición; faltaban cinco minutos para las doce de la noche. Yo tenía unos libros de magia negra, magia blanca, Los grandes secretos, y uno que hablaba de la historia de Portuguesa.

Yo seguí las instrucciones de la magia negra: me llevé una gallina negra para esos tres caminos, me la puse en la cabeza y me zumbé al suelo, en cuatro patas..., arrodillado y con la gallina en la cabeza. De todo lo que decían los libros, allí lo único que yo sentí fue un viento fuerte, pero el tierrero que se anunciaba después no llegó, y yo llamando al diablo a todo pulmón. ¡Mentira!, eso es mentira. El diablo no me salió y yo quería que me saliera para pedirle una plata para trabajar porque yo estaba quebrado y según el libro él daba cinco reales por dos.

«Los grandes secretos» tenía distintos embustes. Muchos embustes. Ese libro se lo regalé yo a Juan del Cerro Tovar. Una vez lo conseguí y le dije: ¿Tú queréis tener un libro para que echéis vaina?, y se lo regalé. Al tiempo lo vi y le pregunté que si le había sacado provecho al libro y me dijo: No..., yo lo vendí, y le dije: Más vale así porque eso no sirve para nada.

Mire, yo me iba poniendo loco. Cuando me ponía a leer esos libros no me podía hablar la gente porque les contestaba mal. Mi mamá me decía: Hijo, deje esa vaina, a usted se lo va a llevar el diablo. ¡No juegue, qué diablo me va está llevando! Esa vaina..., esas lecturas a mí me iban volviendo loco.